

LA CONDESA
DE
MONTE-CRISTO

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

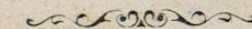
POR

J. DU BOYS

TRADUCIDA AL CASTELLANO PARA EL *CORREO DE ULTRAMAR*

Y

Adornada con 42 Grabados sobre madera



PARIS

ADMINISTRACION DEL CORREO DE ULTRAMAR

X. DE LASSALLE Y MÉLAN, EDITORES-PROPIETARIOS

4, PASSAGE SAULNIER, 4

1872



FONDO HISTORICO DE LA GOBIERNO

PARIS. — TYPOGRAPHIE DE J. BEST,
RUE DES MISSIONS, 15.

PQ2220
D69
CC5



FONDO HISTORICO
R. CARDO COVARRUBIAS

155444

LA CONDESA DE MONTE-CRISTO

PROLOGO

El Tesoro de Bancogne.

I

LAS TRES SOMBRAS DE NOIRMONT.

Nos hallamos en el centro de la antigua provincia del Bajo-Limosin.

Los únicos medios de comunicacion que existen en este pais, en donde las anchas carreteras con que el gobierno está hermoando el resto de la Francia se hallan todavia en embrión y no han llegado á ser aun mas que un proyecto, son estrechos y hondos caminos, verdaderas excavaciones encajonadas entre barrancos de una tierra arcillosa, y otras sendas tortuosas por donde los habitantes de las pequeñas y empobrecidas aldeas y los de las alquerías se ven precisados á pasar para comunicar entre sí.

El horizonte se halla constantemente limitado por un tupido velo formado por los espesos y numerosos plantíos de castaños; y cuando la nivelacion del camino con el resto del terreno lo permite, el ojo del viajero suele apercibir, de vez en cuando, por los intersticios de un claro entre estos plantíos, ya un verdoso prado, ya el brillante reflejo de la superficie de las aguas de un estanque, ó bien las azulas crestas de algunas colinas que se confunden, á lo lejos, con la vaporosa y empañada atmósfera del horizonte.

A sus piés ostentan su verdor oscuro los frondosos bosques, ó bien alegran la vista las incultas tierras cubiertas

de retama, de helecho ó de juncales cuyas flores de matices y colores diferentes presentan un agradable aspecto; pero por todas partes reinan la soledad y ese majestuoso silencio de los campos tan caro al filósofo, al hombre pensador, al poeta.

En el centro ó fondo de una estrecha cuenca que, mas bien que á un vallecito, podria compararse á un derrumbadero, se apercibe un conjunto confuso de edificios, de entre los cuales salen tres enormes lenguas, ó mas bien columnas de fuego, que, á manera de faro gigantesco, proyectan sus enrojados resplandores sobre las inmediatas colinas que le rodean, las cuales, por su particular colocacion, se asemejan á aparatos y andamios de construccion levantados por Titanes para escalar el cielo.

El aspecto general que ofrece el paisaje, así se asemeja al de un castillo, como al de una fábrica de fundicion ó á una herrería. En los cuatro ángulos del edificio se elevan otras tantas torres desmanteladas, que al verlas tan desnudas y escuetas se diria que acababan de sostener un sitio. Un anchuroso estanque baña estas construcciones en todo su alrededor, el cual, estrechándose hácia la parte norte, ha permitido hacer allí un puente de piedra, en reemplazo del antiguo puente levadizo cuyos arranques ó sostenes, defendidos por dos torreillas, existen todavia y se hallan separados, cual avanzados centinelas, del edificio principal.

No puede ofrecerse nada mas pintoresco ni fantástico que este paisaje, cuando la noche ha extendido sobre él su oscuro manto.

Las descarnadas y angulares torres negras bañan sus piés en una luz de oro bruñido, mientras que descubren sus

cabezas adornadas y alumbradas con un enrojecido penacho de fuego.

Añádase á esta vista el ruido y estruendo general que se oye, producido por el conjunto de una multitud de ruidos diferentes, tales como el murmullo de las caídas de agua á manera de cascadas, el de las vibraciones metálicas de los grandes y pequeños martillos, el mugido del viento que hace penetrar sus ráfagas violentas por entre las ramas de los jarales y madroñeras, y otros mil ruidos, en fin, que se confunden y se mezclan.

Noirmont-les-Fourneaux, es decir, Noirmont de los Hornos, es el antiguo Noirmont-le-Chateau, ó sea el castillo de Noirmont, como lo indican claramente sus desmanteladas torres y sus murallas espesas. Pero ¡desde aquella época á hoy día ha transcurrido tanto tiempo!... Lo cierto es que nadie se acuerda sino de Noirmont en ruinas, cubierto con una espesa capa de zarzas y de yedra, entregando á la impetuosidad del aquilón algunas piedras de sus agrietadas bóvedas.

En aquel tiempo que al principio de esta historia no iban más allá de veinte años todavía, los únicos habitantes de este antiguo nido de buitres eran el buho, la lechuza, el mochuelo, la zumaya y otros animales de la misma especie.

Tan malos eran los rumores que corrían en el valle respecto á aquellas ruinas, que, una vez puesto el sol, el campesino mas animoso que tenia necesidad de pasar por las inmediaciones de ellas, no lo hacia sino con cierta precaucion y santiguándose muchas veces, y los mas supersticiosos ó tímidos preferían dar un gran rodeo de tres cuartos de legua, subiendo hasta Apreval, mas bien que exponerse á las contingencias de aproximarse á ellas.

Preciso fué que, para transformar la antigua fortaleza destruida de los condes de Noirmont, en la manufactura ó fábrica tan animada y llena de vida que encontramos en el momento en que empieza nuestra historia, se hallase un hombre dotado de cualidades especiales, y que, ademas, trascurriese algun tiempo.

Este hombre se encontró, el cual á su ingenio reunía la cualidad de una honradez incontestable. Haciéndose él mismo rico, enriqueció toda la comarca. Bajo su impulso y direccion, los bosques, hasta entonces improductivos, fueron empleados útilmente, los brazos desocupados hallaron un trabajo honrado; la presa ó caída del agua, despues de tantos siglos de ociosidad y desperdicio, hizo dar vueltas á una rueda; los edificios se hicieron habitables; con un jornal mayor y mejores alimentos, los tercianarios fueron recuperando su salud; los campos abandonados y sin cultivo por falta de trabajadores robustos, se hallaron transformados en productivos terrenos; afluyó el dinero al país como la sangre al corazón, y de día en día, y casi de repente, este hombre hizo resucitar y aparecer una poblacion casi extinguida y medio muerta.

Tan milagrosa transformacion fué obra de M. Jorge de Rancogne, obra que, por desgracia, no pudo completar, porque acababa de morir seis meses antes del tiempo en que empieza nuestra historia, con profundo sentimiento de toda

la comarca, dejando á su jóven mujer, viuda en la flor de su edad, sumida en el mayor dolor y llorando su muerte sincera y amargamente.

Por el momento nos hallamos á fines de marzo y hace una noche sombría. Las chimeneas de la fábrica no despiden llamas. La caída del agua misma está en silencio. Las paletas han sido levantadas, y la gran rueda que hace mover los martillos permanece inmóvil. No se oye mas ruido que el producido por el silbido agudo de la ráfaga que pasa á través de las ramas y el de las gotas de agua que al caer hacen doblarse á las matas. La gran mole de Noirmont se destaca como una mancha de tinta mas espesa sobre las manchas negras de las colinas inmediatas, y su silueta, que se adivina mas bien que se la ve, no está indicada de una manera precisa, sino por su reflejo sombrío en la limpia superficie del agua del estanque.

Hace un tiempo horroroso, tanto que ni un perro se atrevería á salir afuera, como dicen los aldeanos, y sin embargo, en el patio de la granja se oyen, de vez en cuando, esos prolongados y lastimeros aullidos de un animal de esa raza que, segun las comadres, anuncian una muerte cercana.

Podriase, fijando atentamente el oido, sorprender, durante los intervalos de la ráfaga, el chapurreo producido por el paso de un caballo que marcha en el lodo y los baches del camino abondado entre los dos barrancos.

Mas cerca del castillo, entre la rampa del estanque y la pared de la fábrica, en una especie de parapeto que sirve de camino de ronda, pasa y repasa una sombra, — la sombra de un hombre. En el momento en que el paso del caballo resuena en el camino, este hombre se detiene, escucha...

Al otro lado, delante de la fachada de los jardines, otra sombra, — la de una mujer, — permanece inmóvil cerca de una puertecita que da á la campiña. Espera tambien...

En fin, en un tercer punto, entre los edificios nuevos de la fábrica y los comunes, se apercebe otra tercera sombra, — la de un jóven de quince años, — que escala el cercado con una facilidad que indica larga práctica en este ejercicio.

En el momento mismo en que este mozo, á caballo sobre la cresta de la pared, se preparaba á desaparecer al otro lado, se detuvo con un movimiento súbito, tendió el cuello como para escuchar, y meneó la cabeza.

— Es el viento, dijo; me habré engañado.

Y se dejó deslizar al patio.

No se habia engañado, sin embargo. Dos sonidos distintos habian sobrepasado el rumor confuso de la ráfaga: un silbido agudo y prolongado, y un chillido de zumaya.

A esta doble señal, el paseante del parapeto y la paseante del jardín se habian destacado de la pared sombría: — la mujer, para adelantarse hácia un jóven cuyas facciones se ocultaban bajo el ancho sombrero de los campesinos limosinos; — el hombre, para arrojarse á una barca que atravesó el estanque silenciosamente.

En el ribazo opuesto, un ginete esperaba con impaciencia ámpliamente justificada por el tiempo que hacia.

— ¡Ah! ¿ya estais aquí, doctor? murmuró el remero con voz sorda. Se tiene necesidad de vos esta noche; pero es

menester que os hable antes. Vuestro caballo estará muy bien allí, bajo el sotechado donde se lava el mineral. Venid pronto.

Los dos entraron en la barca y se dirigieron hácia el castillo.

Durante este tiempo, al otro lado:

— ¿Sois vos, M. Octavio? preguntaba misteriosamente la voz fresca de una jóven.

Y como el jóven se callara, ella le tomó la mano, diciéndole:

— La señora no me oculta nada, y yo daría mi vida por la señora.

Y bajando los ojos, aunque en la oscuridad no pudiera verse este movimiento, murmuró:

— Daría mi vida por aquellos á quienes ama la señora.

Sintió estremecer la mano que aun tenia en la suya, y el jóven pudo apenas preguntar con voz casi inarticulada, tan vacilante era:

— ¿Por aquellos á quienes la señora ama?

— La señora estaba muy triste, continuó la jóven meneando gravemente su rubia y encantadora cabeza; y despues que ha recibido vuestro billete, estaba muy gozosa. Es menester que querais mucho á la señora, M. Octavio, porque ha sufrido mucho.

La puerta habia vuelto á cerrarse, y Octavio, siguiendo á su introductora, se dirigió hácia la casa.

Pero, en el momento de entrar en ella, el falso campesino Octavio, deteniéndose á su guía:

— Rosa, le dijo, han pasado muchas cosas en Noirmont desde que el deber me desterró de allí. Es menester que yo sepa esas cosas antes de subir allá arriba.

Y alzando la mano, señaló con su dedo el reflejo de una luz amortiguada, que se apercebia por los intersticios de las persianas del primer piso.

— Venid pues! murmuró la jóven.

En lugar de entrar en la casa, hizo volver á Octavio hácia la derecha y tomó el camino de los comunes.

Ni uno ni otro notaron que un cuarto personaje, disimulando su alta estatura á lo largo de los espaldares, los seguía silenciosamente.

— Os hago tomar el camino mas largo y el mas malo, dijo Rosa. Pero entrando en la casa, nos habria sido menester atravesar el aposento de la señora.

Octavio no respondió sino con un signo de aprobacion, y desapareció detrás de ella por la puerta siempre abierta de una escalera de servicio.

Detrás de ellos se deslizó el que los espiaba.

Los dos jóvenes habian entrado en un cuartito débilmente alumbrado por una lámpara de cocina. Era un estrecho gabinete únicamente amueblado con una camita de cerezo, una mesa y un gran baul. Una pila de agua bendita, con una rama de boj encima, estaba fijada sobre la cabecera de la cama contra la pared blanqueada con cal. Sobre la mesa habia un tarro de tierra de greda cocida guarnecido de flores.

— La señora duerme, dijo Rosa; tendremos tiempo.

Octavio examinaba con la vista este retrete encantador por su aseó y, por decirlo así, por su pudor.

Rosa lo notó y se ruborizó.

— Este es mi cuarto, dijo.

El jóven arrojó su ancho sombrero, y dejó ver un noble semblante coronado por una espesa y rizada cabellera negra. Rosa le devoraba con la vista, y habia en su mirada algo como una sonrisa y alguna cosa tambien como una lágrima.

— Muy jóven era cuando os fuisteis, pero os conozco.

— Y yo tambien, Rosa, exclamó Octavio, te conozco, y ya ves que tengo toda confianza en tí, puesto que te inicié en un secreto de que dependen la vida y el honor.

Habia cogido la mano de Rosa en la suya y la estrechó contra su corazón.

— Los secretos que están aquí encerrados, le contestó ella, no saldrán nunca de aquí. Escuchad lo que ha pasado desde vuestra partida de casa de vuestro hermano...

Por la parte de afuera, el espía se habia deslizado en la escalera, y ahora estaba arrimado á la puerta del cuarto. Se enderezó poco á poco, y su ojo escudriñador se pegó contra el agujero de la cerradura.

Octavio, con la cabeza descubierta, estaba colocado en esta direccion.

El espía dando un grito sordo:

— ¡Es él!... exclamó.

Mientras tanto las gentes de la barca conversaban en voz baja.

— De modo, decia el doctor temblando, sea de frio, sea de miedo, de modo que ¿es esta noche?...

Su interlocutor hizo un signo afirmativo.

— Contad, hé ahí justamente nueve meses.

— ¡Ruín tarea, Champion!

— ¡Bah!... doctor Toinon, ¡tarea bien pagada!

— Es sobre todo el otro... murmuró el doctor con aire desalentado.

Pero no dijo mas.

Un largo silbido atravesaba el denso aire.

El semblante de Champion tomó la expresion del triunfo...

— ¿El otro?... dijo, ¿el otro?... ¡Ya está aquí!

II

LAS CUATRO LUCES.

Cuatro luces semejantes á cuatro ojos inflamados atraviesan la vasta superficie de las fachadas de Noirmont.

La una es ese reflejo pálido que se escapa por las ventanas, reflejo que Octavio habia señalado á Rosa diciéndola:

— Es menester que sepa esas cosas antes que suba allá arriba.